



LA ENTREVISTA DÍAZ-TAFT.

UNO de los acontecimientos políticos más notables registrados en la larga administración porfirista, fué la entrevista Díaz-Taft, el 16 de octubre de 1909. Se habló en 1911, y se continúa hablando ahora, de que la caída del Gobierno tuxtepecano se debió, entre otras causas, a que el general Díaz se negó rotundamente a prorrogar el contrato de arrendamiento de la Bahía de la Magdalena. Se dijo también que el Gobierno de la Casa Blanca estaba profundamente contrariado por la amistad que México demostraba por el Japón, y por haber protegido al Presidente José Santos Zelaya, que abandonó Nicaragua amparado por la bandera mexicana, en un pequeño barco

de nuestra armada nacional, cuyo comandante recibió instrucciones de no entregar al gobernante nicaragüense, aun en el caso de que fuese requerido por los grandes acorazados de los Estados Unidos.

Es cierto que en las postrimerías del Gobierno del general Díaz se extremaron las notas de simpatía para el Japón. Es cierto también que fué airosa y noble la actitud de México salvando al Presidente Santos Zelaya de una persecución inicua; los Estados Unidos debieron resentirse de esos actos que los llevaba al convencimiento de que el Gobierno del general Díaz no era sumiso e incondicional del pueblo más poderoso de la historia. En esos instantes el régimen porfirista jugaba una de sus cartas más importantes. Iba a celebrarse una entrevista entre el Presidente de México y el Presidente de los Estados Unidos. ¿Que en la conferencia Díaz-Taft se llegó a tratar algún asunto trascendental, como se ha asegurado públicamente? Ni la cuestión del Japón, ni la acción de haber salvado al Presidente de Nicaragua, ni la prórroga de la concesión de la Bahía de la Magdalena llegaron a tratarse en esa famosa entrevista. Hay algo que indica claramente que

S E N D E R O S

el gobernante de los Estados Unidos sí deseaba tratar esos delicados asuntos. Pero el general Díaz esquivó tratar esas trascendentales cuestiones, y esto, tal vez, fué más grave que una negativa rotunda.

La conferencia Díaz-Taft fué concertada de la siguiente manera: El Presidente de los Estados Unidos anunció públicamente que en el otoño de ese año visitaría el sur del vecino país, y se detendría unos días en la ciudad de El Paso. Entonces, el Secretario de Relaciones Exteriores, don Ignacio Mariscal, creyó conveniente que el Presidente de México y el de los Estados Unidos se saludaran en aquella población fronteriza. Por conducto del Departamento de Estado de Norteamérica se trató diplomáticamente todo lo relativo a la conferencia de los dos mandatarios. Para ello se invitó al Presidente Taft para que visitara Ciudad Juárez, a cuyo efecto estaría en la población el general Díaz para saludarlo. Se firmó el Protocolo respectivo. En él se estipuló qué asuntos se iban a tratar. Se estipuló también que el intérprete por parte del Presidente Taft, sería el capitán Archibaldo Butt, y por parte del general Díaz, sería el coronel don Pablo Escandón. El

día de la conferencia celebrada en la Aduana de Ciudad Juárez, el Presidente Taft se presentó con toda sencillez, sonriente, mientras que el general Díaz llevaba el pecho cubierto materialmente de condecoraciones de todos los países y de todas las categorías. Lucía un vistoso uniforme, resplandeciente de varios colores y de dorados galones. Serio, erguido, majestuoso. El año siguiente iban a celebrarse en México las suntuosas fiestas del Centenario. Y entonces se le rendirían estruendosos homenajes al general Díaz; pero ya había coronado su apoteosis con una entrevista que tuvo resonancia mundial.

La entrevista se efectuó. El Presidente Taft rompió con el Protocolo. Al ver que entre los acompañantes del general Díaz estaba don Enrique C. Creel, gobernador de Chihuahua, y a quien el mandatario norteamericano había conocido en Wáshington, cuando estaba al frente de la Embajada Mexicana, se adelantó a saludarlo, y dirigiéndose al general Díaz, le dijo: "Qué mejor intérprete podemos tener que el señor Creel." El Presidente de México no tuvo inconveniente alguno en aceptar la indicación del Presidente Taft; no po-

S E N D E R O S

día rehusarse a ello. Estaba presente el señor Creel, que le merecía su más grande confianza, que había desempeñado el cargo de Embajador de México en Estados Unidos, y conocía, por lo tanto, todos los asuntos pendientes entre los dos países.

En el Protocolo se había estipulado que el capitán Butt y don Pablo Escandón serían los intérpretes. El hecho de que el Presidente Taft rompiera con esa estipulación, ¿no indica que él deseaba hacer a un lado al intérprete de la Casa Blanca para que el general Díaz pudiera hablar con más libertad de ciertas cuestiones? No lo podemos asegurar. Pero sí podemos decir que el gobierno de los Estados Unidos quería insistir en la cesión de la Bahía de la Magdalena para levantar una estación carbonífera que abasteciera a la escuadra del Pacífico, en esos momentos en que tanto se hablaba de un posible conflicto entre el pueblo norteamericano y el Japón.

El general Díaz correspondió la visita del Presidente Taft; y en el edificio de la Cámara de Comercio de El Paso, se celebró la segunda entrevista. Los dos mandatarios convinieron en no dar a la publi-

cidad los asuntos tratados en esa conferencia. El Presidente Taft vive aún. Actualmente es Presidente de la Corte de Justicia en Wáshington; pero hasta ahora nada ha revelado de las cuestiones de que habló al general Díaz. Algún día el señor Creel nos revelará el secreto de esa famosa conferencia. Para ello tendrá que recabar la venia de Mr. Taft, que, es casi seguro, no tendrá inconveniente alguno en dar su autorización para que se publique lo que habló con el general Díaz en Ciudad Juárez y en El Paso. Pero, desde ahora, repito, podría asegurarse que nada se trató en esa conferencia acerca de la cesión de la Bahía Magdalena. Hacía tiempo que ese asunto se había terminado. Lo habían tratado con anterioridad las dos cancillerías. El Ministro Mariscal había expresado que no era posible conceder otra prórroga sobre la ya célebre bahía, ni mucho menos hacer cesión de ella, como lo pretendía el gobierno de la Casa Blanca.

Mucho se habló entonces de que esa era una de las causas del enfriamiento de las relaciones entre los dos gobiernos. Bien pudiera ser. Pero ese asunto no se trató en la entrevista Díaz-Taft, sino mucho an-

S E N D E R O S

tes de que los dos mandatarios se conocieran personalmente en la línea divisoria.

El general Díaz guardó siempre una actitud digna y decorosa frente al Gobierno de los Estados Unidos. ¿De qué, pues, se le puede culpar cuando defendió a la patria en contra de los invasores franceses, cuando defendió la soberanía de México frente al inmenso poderío norteamericano, cuando le dió a la nación paz, tranquilidad, riquezas? Se le culpa por no haberse retirado del poder en los días que llegó al pináculo de la gloria. El fué el causante de la guerra civil que ha asolado al país hace veinte años; bien podía haber designado un sucesor querido y respetado de los mexicanos; pero le restaba poder y fuerza a quien legalmente iba a ocupar la Presidencia de la República. Dividía constantemente al elemento oficial, y frente a un amigo, colocaba inmediatamente un enemigo. Llegó el momento en que sus más fieles servidores le desconfiaban. Perdió el contacto con el pueblo. No escuchaba más que la voz de la adulación y la bajeza. No se daba cuenta de la transformación social que se estaba operando en el mundo, y permaneció encastillado en un sistema viejo y caduco.

Creía que solamente en torno de él se hacía política, y la verdad era que las masas populares sentían la necesidad imperiosa de un cambio radical para mejorar las condiciones de vida y de trabajo. De esa manera buscó su caída, y con su caída la de todo un grupo que formaba una institución.

Derrocado del poder por una revolución popular, desterrado de su patria, fué a buscar refugio en suelo extranjero. Los gobiernos de Francia, de Alemania y de España le rindieron honores, le otorgaron distinciones como si fuera Jefe de Estado. Había combatido tenazmente a los invasores franceses, y, sin embargo, Francia le tributó homenajes al patriota que contribuyó con su esfuerzo y su heroísmo a impedir que se levantara en México un exótico imperio. El día que murió en París el general Díaz, Francia estaba torturada por las amarguras de la guerra. Pero no olvidó, empero, rendirle un postrer homenaje al viejo soldado de Ayutla y la Intervención.